

COLABORACIONES

Un siglo del nacimiento de *En Patufet*

Victor Aldea*



PREU. 5 CENT.

EN PATUFET

Fará una entremaliadura cada setmana

ANY I BARCELONA 3 JANER 1904 NÚM. I

REDACCIÓ Y ADMINISTRACIÓ	PREUS DE SUSCRIPCIÓ
Rambla de las Flors, 11 BARCELONA	Cataluya: un any. . . 3 pessetas Idem: un semestre. . . 2 id. Extranger: un any. . . 5 id.



¡Ja veurán los xixarel-los
com jo gasto las bravatas!

Si feu bondat, caramel-los,
si no al quarto de las ratas.

Una de las publicaciones más emblemáticas en la historia de la prensa catalana fue En Patufet, el semanario infantil y juvenil que vio la luz el 3 de enero de 1904. Es, pues, tiempo de celebrar los cien años de su nacimiento haciendo un repaso de su trayectoria, que se truncó definitivamente en 1973, y de los colaboradores, escritores y dibujantes, que lo hicieron grande, con Josep M. Folch i Torres a la cabeza.



Sección de En Patufet llamada «Vetllas casulanas» («Veladas caseras»), un dibujo con un breve poema al pie.



La idea original de editar un semanario infantil en catalán, que con el tiempo llegaría a convertirse en una de las publicaciones más emblemáticas en la historia de la prensa catalana, se forjó durante una reunión de antiguos miembros del Foment Autonomista Català, todos ellos escritores y dibujantes. Parece ser que el hecho de que el lema de la nueva publicación se hubiera trazado siguiendo la máxima de «catalanizar, moralizar e instruir» convenció a Josep Aladern, seudónimo del escritor Cosme Vidal i Rosich, para que la bautizara con el nombre de un personaje de cuento arraigado en el espíritu del pueblo catalán de principios del siglo XX, un motivo con el que Cataluña pudiera identificarse con facilidad. Así nació *En Patufet*.

Se encomendó su dirección al folclorista Aureli Capmany, y el dibujante Antoni Muntanyola se encargó del diseño del dibujo del personaje que encabezaba la cubierta de la revista. Con los primeros elementos de la nueva publicación encauzados, el mes de diciembre de 1903 se editó un prospecto a modo de avance de lo que sería la nueva revista, de inminente aparición. En realidad, la presentación del semanario no se postergó demasiado y el primer número de *En Patufet* se puso a la venta el 3 de enero de 1904.

La revista cambia de manos

Los primeros números se vendieron bien y al salir a la venta el número diez, la revista había ya doblado sus páginas. Sin embargo, la euforia de las primeras ventas pronto se truncó: a su director el semanario le iba demasiado grande, le resbalaba de las manos. El semanario se había concebido y realizado de una forma tan extraordinariamente infantil que pronto se hizo evidente que no iba a prosperar. Las deudas que *En Patufet* había contraído y el descenso de las ventas iniciales convenció a Capmany de que lo mejor para que la revista no pereciera a los pocos meses de su creación era venderla y optó por ofrecerla a Josep Baguñá, el editor de la revista *Cu-cut!*, un semanario satírico de gran contenido político creado en 1902 por un grupo de amigos dibujantes, la mayoría de los cuales se encargaron de oxigenar con su ingenio la revista infantil. Baguñá, que pronto vio que *En Patufet* tenía los días contados si no se le daba un nuevo rumbo, confió la dirección literaria a Josep Morató y la dirección artística a Gaietà Cornet. Lo primero que hizo este último fue introducir unos pequeños retoques a la mascota del semanario hasta que se consiguió su grafismo definitivo.

Los resultados de la nueva revista pronto empezaron a dar sus frutos; el tono provinciano, infantiloides, del primer año fue gradualmente desapareciendo y, número tras número, el semanario fue adquiriendo nivel, tanto literario, como artístico, hasta convertirse en la publicación que revolucionó los esquemas de las publicaciones infantiles que, a raíz de *En Patufet*, empezaron a proliferar. La mayoría de ellas tendrían una vida y una repercusión popular más bien breve. Otro de los cambios que Baguñá introdujo fue la publicación anual de un almanaque, el no menos famoso *Calendari d'en Patufet*, que aparecía a finales de año y cuya extensión permitía a sus responsables reunir en un solo volumen a la mayoría de los escritores e ilustradores que, durante los doce meses, colaboraban en la elaboración del semanario.

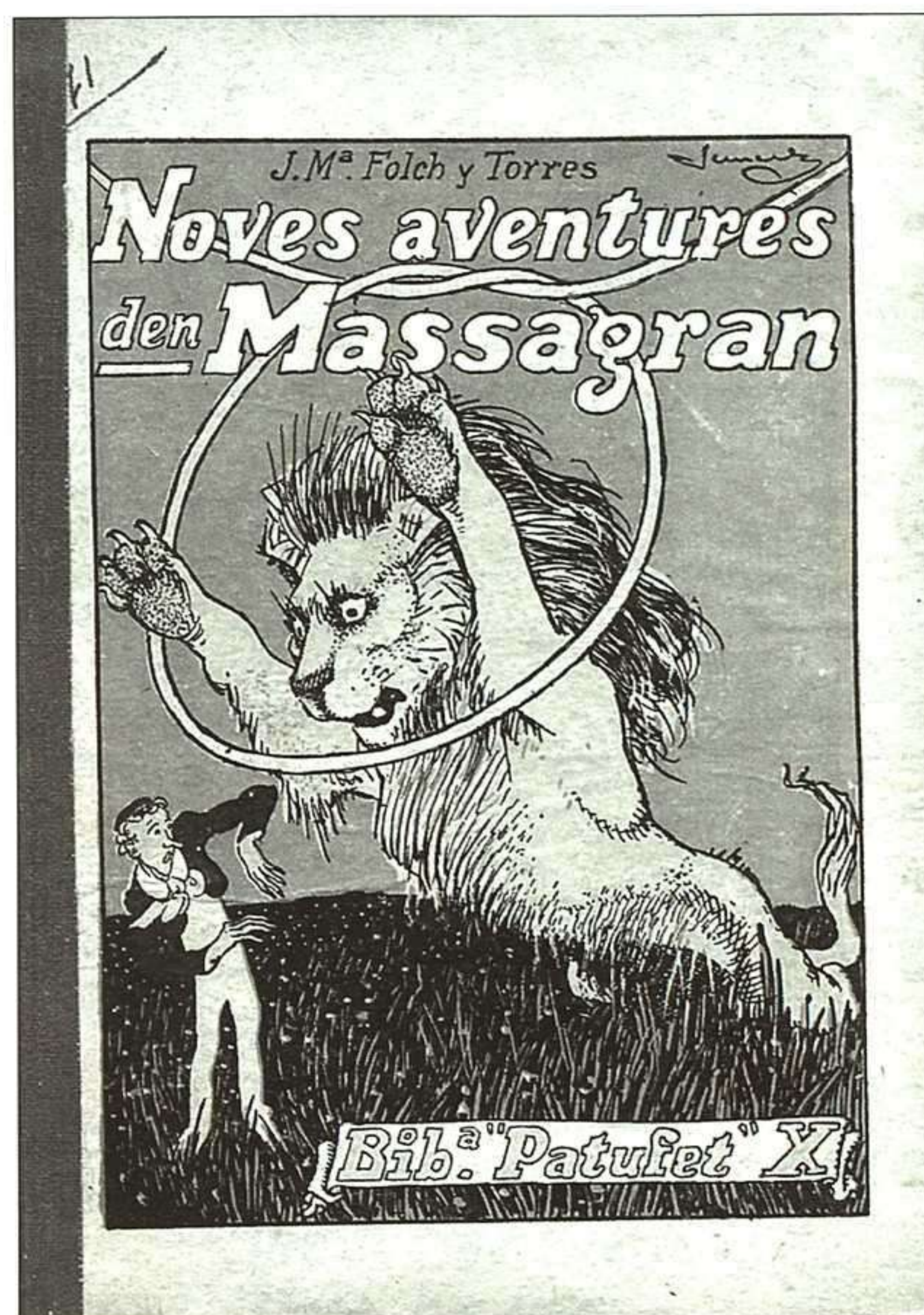
A lo largo de los años, las colaboraciones en la revista de escritores y dibujantes ya consagrados fueron adquiriendo una mayor regularidad hasta que muchos de ellos terminaron haciéndose cargo de una o más secciones de la revista; éste fue el caso, por ejemplo, de Manuel Folch i Torres (hermano mayor de Josep Maria Folch i Torres que, años después, se convertiría en director y alma de la publicación), Xavier Bonfill «Jordi Català», Lluís Almerich «Clovis Eimeric», Joan Llaveries, Joan Garcia Junceda y el propio Gaietà Cornet.

Durante una época, sobre todo en sus inicios, las páginas de *En Patufet* gozaron de las colaboraciones de plumas tan insigües como las de los poetas Apel·les Mestres y Josep Carner, máximo representante del *Noucentisme* catalán de principios del siglo pasado, y de dibujos de artistas de la talla de Feliu Elies, más conocido con el seudónimo de *Apa*, Ricard Opisso, Joan Vila *D'Ivori* o Lola Anglada.

Entra en escena Josep M. Folch i Torres

El nuevo editor del semanario hizo carrera con la, llamémosla, segunda etapa de la revista, y el éxito le animó a crear complementos a *En Patufet*. En 1907 tuvo la idea de empezar a publicar una colección de libros, que bautizó con el nombre de Biblioteca Patufet, los volúmenes de la cual se nutrirían con novelas breves o recopilaciones de cuentos escritos e ilustrados por los mismos colaboradores que, semana tras semana, ofrecían su trabajo a la revista. Los ocho primeros libros, aparecidos entre 1907 y 1909, se vendieron lo suficientemente bien como para que Baguñá no se viera obligado a interrumpir la colección, pero no supusieron ningún éxito ni para él ni para sus autores. La iniciativa parecía estar condenada a ser un mero reflejo de la luz que arrojaba el semanario, hasta que en 1910 la Biblioteca Patufet dio un giro de trescientos sesenta grados cuando a Baguñá se le ocurrió pedir a Josep Maria Folch i Torres que escribiera una novela de divertimento para la colección.

Josep Maria Folch i Torres, nacido en Barcelona en 1880, había militado en un partido nacionalista, la Unió Catalanista, y en 1904 se había convertido en el director de un periódico político bautizado con el nombre de *La Tralla*, cuyos contenidos eran de una militancia tan incendiaria que le causaron más de un problema hasta que, en 1905, por firmar una serie de



artículos contrarios al gobierno de Madrid, no tuvo otra opción que huir a Francia y pasar tres años de exilio en Perpiñán, años que aprovechó para empezar a hacerse un nombre en los circuitos literarios del momento con la publicación de algunas novelas que habían sido galardonadas en distintos certámenes literarios del Estado español; novelas más próximas al realismo de denuncia social de la época que al escapismo infantil que le reportaría fama a partir de 1910, cuando Baguñá le ofreció participar en la Biblioteca Patufet.

La propuesta del editor de *En Patufet*, revista en la que Folch i Torres ya había ido publicando colaboraciones esporádicas desde 1905, fue providencial y Folch, no sin cierto escepticismo frente a aquel encargo, se puso manos a la obra. El libro que el escritor dio a leer a Josep Baguñá fue una de las primeras novelas en catalán que el tiempo ha convertido en un clásico de la literatura infantil y juvenil de nuestro país, *Aventures extraordinàries d'en Massagrán*.

Al editor, gato viejo en su oficio, se le ocurrió publicar la novela en forma de folletín en las páginas centrales de *En Patufet*, en lugar de editarla como un volumen independiente. Las primeras ocho páginas del libro, con ilustraciones de Joan Junceda, aparecieron en el número correspondiente al 7 de

mayo de 1910 y la última entrega se publicó el 28 de enero del año siguiente. El éxito fue clamoroso y desde entonces el recién estrenado escritor infantil y juvenil ya no dejaría de publicar para este tipo de público todo tipo de cuentos, novelas y obras de teatro, renunciando a la carrera de escritor para adultos que había emprendido.

La cantidad de textos que Folch i Torres llegó a publicar en las páginas de *En Patufet* fue tan abrumadora que el propio escritor optó por firmar muchos con diferentes seudónimos, aunque su estilo característico no llevaba a confusión a la mayoría de sus lectores.

La semana posterior de la conclusión de la primera obra de Folch i Torres para la Biblioteca Patufet empezó la serialización de la segunda parte de las aventuras del personaje de Massagan y así el escritor escribió las *Noves aventures d'en Massagan* para deleite de su público, lo que terminó de convencer a Baguñá de confiar plenamente en Folch i Torres y, de manera tácita, convertirlo en el escritor titular de la colección. Desde 1910 hasta 1938, año en que la revista cesó su publicación por culpa del establecimiento de la dictadura franquista en España, Josep Maria Folch i Torres publicó cuarenta y siete novelas en la Biblioteca Patufet, muchas de las cuales se dividían en primeras y segundas partes, aunque algunos títulos llegaron incluso a presentarse en forma de tetralogía como fue el caso de *Liseta de Constans o les astúcies d'en Fidel Delfí*, de 1923. El único libro que a partir de 1910 se incluyó en la colección y que Folch no pudo escribir por motivos de salud fue el que Xavier Bonfill —«Jordi Català», otro de los colaboradores de *En Patufet*— publicó en 1931 con el título de *El vaixell pirata*.

La revista impulsa un movimiento juvenil

A partir de 1912, y también como otro de los complementos que Baguñá ofrecía a los entusiastas seguidores de *En Patufet*, apareció una nueva colección de relatos cortos (de 16 páginas de formato muy reducido cada uno), la mayoría de los cuales fueron escritos por los mismos redactores del semanario y que, con 1.175 números, conforman la llamada Colección En Patufet. La nueva publicación empezó su andadura el 30 de marzo y se mantuvo en circulación hasta la desaparición de la revista.

Tres años más tarde, *En Patufet* inauguró una de las secciones más emblemáticas de la revista y, a la par, más querida y más esperada por sus lectores: las conocidas «Pàgines viscudes», cuentos escritos por Josep Maria Folch i Torres e ilustrados por su compañero de carrera desde *Les aventures extraordinàries d'en Massagan*, Joan Garcia Junceda.

Los lectores de la revista crecían en número y en edad y sus responsables se dieron cuenta de la necesidad de incluir entre sus páginas un buen reclamo para seguir convenciendo a sus lectores de que merecía la pena mantener su fidelidad al semanario y así nacieron estas «Pàgines viscudes», una sección específicamente dirigida a la «juventud inteligente» según sus impulsores, cuya relevancia e impacto en las clases más po-



Dibujo de Junceda para el libro *Liseta de Constans o Les astúcies d'en Fidel Delfí*, de Folch i Torres, de la colección Biblioteca Patufet.

pulares de la sociedad del momento merecería un artículo aparte. Estas historias quizá representan el ejemplo más significativo de las intenciones moralizantes e instructivas de *En Patufet*, sin menoscabo de ser un auténtico muestrario de la realidad social de la época. Tomada en consideración ochenta años después, el texto y la ilustración se convierten en un magnífico espejo que refleja las características propias de un sector de la burguesía catalana y de gran parte de la clase media trabajadora de la Cataluña del primer tercio del siglo XX.

Sería a través de la publicación de una de estas «Pàgines viscudes» como, en 1920, a su creador se le ocurrió la idea de agrupar a los seguidores de *En Patufet* en un movimiento que defendía los mismos ideales que perseguían los protagonistas de la sección: el respeto por los semejantes, el amor a Dios y a Cataluña y el deseo de ayudar y tender una mano al prójimo. En el número 862 de la revista, que apareció el 9 de octubre de 1920, al final del texto de la semana titulado *El llibant del pou*, Folch i Torres proponía a sus lectores que se organizaran en pequeños grupos de un mínimo de cinco miembros para crear los Pomells de Joventut, que deberían comprometerse a realizar cada semana dos buenas acciones: una virtuosa y otra patriótica.



La llamada fue un éxito y los Pomells empezaron a florecer por toda Cataluña como un semillero empapado de agua de mayo. La respuesta cogió por sorpresa a Folch i Torres y al resto de responsables de *En Patufet*, pero ya no había marcha atrás posible. El entusiasmo de la juventud del momento que se adhería al nuevo movimiento, que nunca defendió ningún partidismo político y que tan sólo reivindicaba los ideales nacionalistas catalanistas, desbordó todas las expectativas y el escritor que había osado compartir su ilusión con sus lectores se vio abrumado por el extraordinario poder de convocatoria de la propuesta que, como desde hacía algunos años, y por lo que a su producción escrita se refería, trascendía el ámbito estrictamente literario: con el tiempo, la rúbrica de Josep Maria Folch i Torres se convirtió en una suerte de marca registrada que daba lugar a ventas que pocos hombres de letras en catalán han conocido, ni en su época, ni en la actualidad, algo que desagradó a muchos, recelosos del éxito popular ya no sólo del escritor, sino de *En Patufet*.

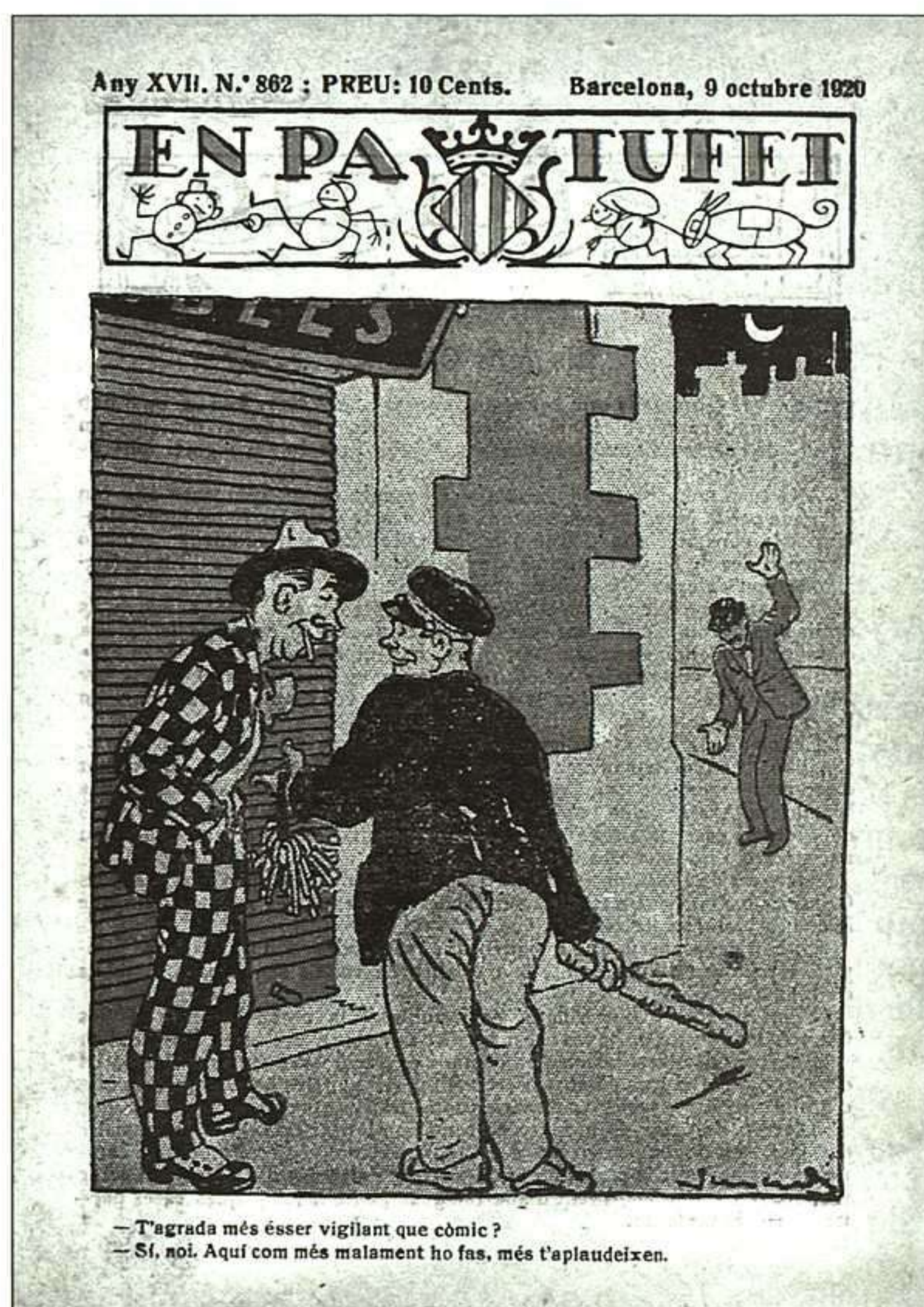
Las agrupaciones *pomellistes* fueron tan numerosas que incluso se llegó a editar la revista *Àmfora*, un boletín para que todos los miembros del movimiento pudieran expresar sus opiniones e informar de las actividades que se llevaban a cabo a lo largo del país.

El 13 de septiembre de 1923 se produjo el alzamiento del general Primo de Rivera y ocho días más tarde su dictadura militar decidió poner fin al movimiento de los Pomells de Joventut y ordenó su disolución inmediata porque, según parecía, la organización promovía «la idea de separación de España y de desprecio a la misma». No parece desdeñable la posibilidad de que algunos de los intelectuales catalanes menos afectos a la labor catalanizadora de *En Patufet* pudieran haber mediado con el nuevo gobernador civil de Barcelona para que la desaparición de los Pomells de Joventut se hiciera efectiva cuanto antes.

La escalada de diatribas contra el semanario que desde 1918, tras la muerte de Josep Morató, ya dirigía el propio Josep Maria Folch i Torres, llegó a su punto más acuciante en 1925 cuando el 13 de noviembre de 1925, en las páginas del periódico *La Publicitat*, se recogía un artículo titulado «Patufisme i post-patufisme» firmado por uno de los intelectuales de más vuelo del momento, Antoni Rovira i Virgili. El largo artículo cargaba contra la poca solvencia literaria del semanario, el escaso criterio gramatical y ortográfico con que se presentaban sus textos (sólo habían pasado doce años desde la promulgación que, bajo el auspicio de Pompeu Fabra, el Institut d'Estudis Catalans hizo de las normas ortográficas y que sirvieron de base para la posterior publicación, en 1917, del primer diccionario ortográfico oficial en catalán, por lo que la implantación del nuevo *corpus* lexicográfico todavía se aplicaba con gran vacilación por parte de escritores, editores y correctores de la época), el provincianismo que acechaba entre sus páginas y el gregarismo que sus textos y el resto de la obra gráfica fomentaban entre sus lectores. Muchas son las razones que pudieron haber impulsado a Rovira i Virgili a publicar el artículo, pero no cabe duda de que *En Patufet*, la revista con mayor proyección en nuestro país dirigida a los más jóvenes (se estima que en 1925 el tiraje del semanario rebasaba los



Dibujo de la sección «Pàgines viscudes» correspondiente a *En Patufet* número 826, de 31 de enero de 1920.



65.000 ejemplares), se convirtió en el chivo expiatorio de cuantas publicaciones habían ido saliendo al mercado y cuya mediocridad y bobaliconería impidieron que se afianzaran con la misma rotundidad que la revista dirigida por Folch i Torres.

En Patufet, Virolet y Esquitx

Retrocedamos un momento en el tiempo y regresemos a 1915, el año de la creación de las «Pàgines viscudes»: el 2 de octubre, *En Patufet* publicó un anuncio destinado a los padres de los lectores de la revista, en última instancia aquellos a quienes era necesario convencer, invitando a los lectores del semanario a participar en lo que se bautizó con el nombre de «Espectacles Patufet». Estos espectáculos no eran otra cosa que una suerte de representaciones teatrales especialmente pensadas para los más pequeños. Los responsables de *En Patufet* se dieron cuenta de la importancia que este tipo de teatro podía tener para niños y adolescentes y decidieron seguir adelante con el proyecto. El reclamo publicitario surtió el efecto deseado y el jueves 14 de octubre de 1915 se presentó la función inaugural con un entretenimiento con títeres, dos películas, payasos y dos piezas teatrales, la primera del poeta e ilustrador Apel·les Mestres y la segunda debida a la pluma de uno



de los hermanos de Josep Maria Folch i Torres, Manuel, el otro escritor de la familia. Ambas fueron un éxito rotundo y las representaciones se sucedieron jueves tras jueves. Por desgracia, desavenencias entre los organizadores y los propietarios de los locales donde se realizaban las obras interrumpieron la buena marcha de los espectáculos y el día de Año Nuevo de 1916 éstos fueron suspendidos.

Quien sí prosiguió su carrera fue el nuevo director del semanario, incansable en su empeño literario. Josep Maria Folch i Torres y *En Patufet* se convirtieron en dos entidades, que si bien seguían siendo independientes, en absoluto eran autónomas; a partir de 1910 y hasta la desaparición del semanario y el cese de su actividad como escritor en catalán, la totalidad de la obra de Folch i Torres pivotó alrededor de la revista: sus obras de teatro para niños, representadas bajo el epígrafe de «Espectacles per a infants» (una prolongación espiritual de lo que fueran los «Espectacles Patufet»); la Biblioteca Gentil (una colección de novelas que aparecían a principios de cada mes, dirigida básicamente a los lectores más jóvenes del semanario y a la que Folch i Torres dio resuello durante cuatro años ininterrumpidamente hasta que abandonó la biblioteca por motivos de salud); la colección inició una segunda época, esta vez gracias a la colaboración de otros escritores, ya que el director de *En Patufet* contribuyó con sólo dos nuevos títulos; y la Col·lecció Mon Tresor, de novelas, de la que sólo aparecieron tres títulos, los dos primeros firmados por Folch y el tercero por «Jordi Català».

En 1922, un año antes de la desaparición de los Pomells de Joventut, Josep Bagañá, consciente de que en los últimos años *En Patufet* se había ido alejando de los intereses de sus lectores más pequeños, decidió probar suerte y sacó al mercado un suplemento de la revista, esta vez dirigida a los lectores más pequeños, y así nació *Virolet*, publicación cuya dirección artística recayó en Joan Garcia Junceda. La principal característica que diferenciaba a la nueva revista era el predominio de los dibujos sobre los textos y *Virolet* se publicó hasta 1931, tras 469 citas semanales.

El relevo de *Virolet* lo tomó otra publicación, *Esquitx*, que siguió la tónica de su antecesor. La novedad de *Esquitx* con-



sistía en su presentación: la revista se presentaba como un pequeño periódico de 16 páginas trepado en forma de cruz, de manera que los lectores podían recortarlo por la línea de puntos y dividirlo, así, en cuatro revistillas, de 16 páginas cada una. La nueva publicación se editó hasta 1937 y satisfizo su cita durante 298 semanas, lo que, a razón de cuatro periodiquillos cada siete días, suma un total de 1.192 números.

Una muerte anunciada y una resurrección fallida

A partir de 1936, con el estallido de la guerra civil española, *En Patufet*, como el resto de las publicaciones que hasta entonces se habían editado en catalán, empezó a tener graves problemas para poder salir a la venta puntualmente, pero, contra viento y marea, la revista siguió adelante sin amedrentarse y fue sorteando obstáculo tras obstáculo, hasta que finalmente, la segunda quincena del mes de diciembre de 1938, tras casi treinta y cinco años de historia ininterrumpida, *En Patufet*, aquejado de la misma dolencia que terminó por doblegar al conjunto del país, cesó su actividad y desapareció, aniquilada por el yugo del nuevo orden español. Se habían publicado 1.806 números y 26 almanaques.

Treinta años después de la silenciosa desaparición del primer semanario infantil y juvenil en catalán, en diciembre de 1968, se anunció la edición de la segunda época de *En Patufet*, en esta ocasión rebautizado simplemente como *Patufet*. La revista había perdido su artículo en uno de los múltiples expedientes que los nuevos impulsores de la publicación tuvieron que ir presentando a Magistratura con el fin de conseguir el permiso de edición: como los expedientes eran denegados uno tras otro, la presentación de uno nuevo tan pronto como se desestimaba el anterior se convirtió en un puro trámite rutinario y, al final, la partícula se extravió por el camino. Cuando, finalmente, se concedió el permiso a los nuevos editores de la revista, éstos se dieron cuenta del error, pero decidieron no reclamar por miedo a perder lo que tantos años les había costado y así, el 6 de diciembre de 1968, apareció en los quioscos el nuevo *Patufet*.

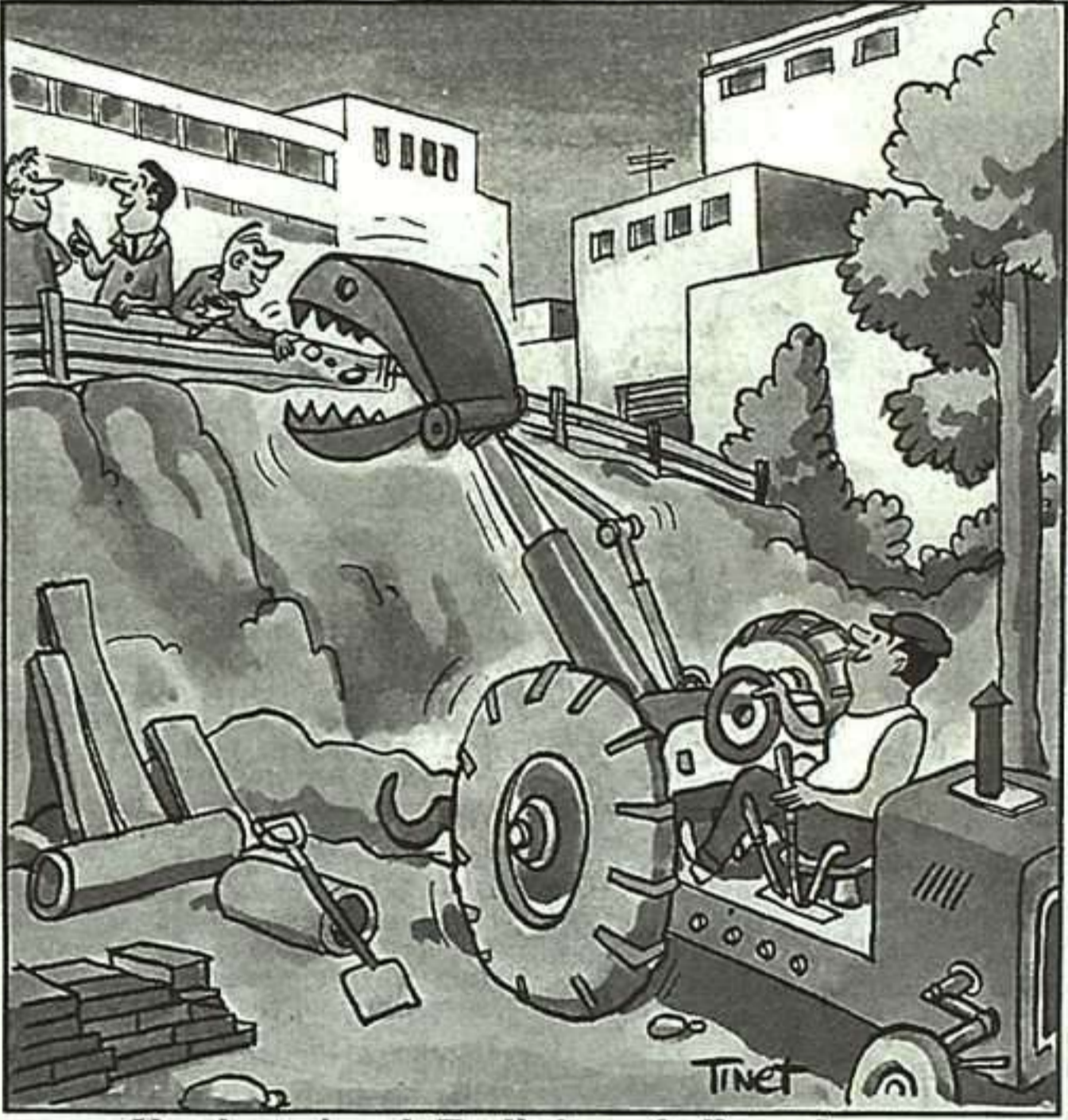
El entusiasmo inicial desbordó todas las expectativas. Los lectores quitaban la revista de las manos a los vendedores y la primera edición de más de 100.000 ejemplares se agotó en pocos días. El número 1 de la revista, con portada del dibujante Joan Ferrándiz, reproducía casi a ciegas el formato y el contenido de su antecesora y el primer fascículo recuperó textos y dibujos de los colaboradores más representativos de la primera época en un sentido homenaje a todos ellos.

La dirección de esta segunda época de la revista se encomendó al periodista Joan Sariol i Badia (en otros tiempos máximo responsable del semanario *TBO*) y durante los primeros 72 números su aparición fue quincenal. A partir del 7 de enero de 1972, sin embargo, sus editores, conscientes de la pérdida de lectores de la publicación, intentaron frenar su deserción, convirtieron la revista en semanal, agrandaron su tamaño, modificaron el diseño de la portada y modernizaron sus contenidos, pero todo fue en vano. Pese al equipo de cola-



PATUFET
 REVISTA INFANTIL I JUVENIL
 Any 6 — Segona època — N.º 167 — Barcelona, 29 Juny 1973

8
 ptes.




—Veurà, tenim el Zoològic molt lluny de casa...

105

PATUFET - FILMS Pel·lícula de la setmana

Per suplir la deficiència que tenim aquí de carns i perquè poguem menjar-les a preus més enraonats, s'ha recorregut al medi expeditiu i eficaç de dur-les de l'Argentina dintre dipòsits de glaç perquè ens arribin tan fresques com deixades d'escorxar. En efecte, segons diuen els que han menjat d'aquest tall, la vedella de les pampes no té pas res que envejar en potència nutritiva a la que es cria pels prats de Galícia, Extremadura, la Cerdanya i l'Empordà; de manera que, per ara, ens queda solucionat aquest conflicte mengivol—

econòmic—substancial.
 Però... ¿què es que no té un pero? resulta que han observat



—Carat Peret, que esteu gras, no deveu treballar gaire.
 —Treball tant com tu. Are, que pot ser no es un treball de cap com el teu i per això no m'agota.

boradores de que se había rodeado la revista, entre ellos escritores como Josep Miracle, Ramon Folch i Camarasa (hijo menor de Josep Maria Folch i Torres que se hizo cargo de una sección llamada «Històries possibles», que cerraba el número y que ofrecía un nuevo cuento a sus lectores en una suerte de homenaje a las populares «Pàgines viscudes» de su padre), Gabriel Jaraba o Garcia i Piñol, e ilustradores de la talla de Joma, Muntanyola, Escobar o Perich, lo cierto es que la revista nunca terminó de acertar en el tono y que número tras número el nuevo *Patufet* iba perdiendo lectores.

El problema residía en que sus responsables no quisieron darse cuenta de que el entusiasmo inicial por parte de los compradores había respondido más a una cierta añoranza, a un cierto sentimiento de recuperación de la infancia y la juventud que la guerra les había arrebatado, que a un verdadero interés por la publicación propiamente dicha. Lo que las páginas de *Patufet* ofrecían a sus lectores era un material demasiado alejado de las inquietudes de los niños de la época, demasiado infantil para los adultos que habían dejado de ser niños tras la guerra y los primeros tres decenios de dictadura franquista, y finalmente, tras 167 números publicados, la revista dejó de editarse el 29 de junio de 1973.

La proximidad con sus lectores, que había convertido al se-

manario en una presencia irrefragable durante los primeros treinta años del siglo pasado entre la mayor parte de las capas sociales de la sociedad catalana, que enseñó a tres generaciones a leer y a respetar su propia lengua, la maleabilidad de sus contenidos y la respuesta a las necesidades del público a quien se dirigía fueron virtudes que, en la segunda época de la publicación, se convirtieron en el principal obstáculo para su supervivencia. *Patufet* no supo protegerse de su propia influencia y sucumbió al reflejo del éxito de su época dorada. El imaginario colectivo no perdonó a la revista las falsas expectativas que había suscitado desde su reaparición y le retiraron su confianza. Cuando sus responsables se dieron cuenta de ello, ya fue demasiado tarde y nada pudo hacerse para remediar algo que, quizá desde el principio, había condenado a la publicación a su desaparición, esta vez, definitiva.

Un triste colofón a lo que antaño fuera un semanario querido y respetado por sus lectores, envidiado y vilipendiado por sus detractores, pero que en cualquier caso contribuyó al afianzamiento de la cultura y la lengua catalanas entre su propia gente, la mayor dádiva de todo un pueblo a quien ayudó a tomar conciencia de su identidad nacional. ■

***Víctor Aldea** es escritor.